

LIBRO DE RELATOS

AMOR DE HOMBRE

ANDREY V. R.

www.bajolaestrella.wenode.es

2016

PRESENTACIÓN

Amor de hombre es una selección de relatos que he escrito en distintos momentos de mi vida; muchos de ellos como resultado de vivencias y reflexiones de mi adolescencia y temprana juventud.

Todos ellos, aunque retratan diferentes facetas de la vida humana y el modo en que intentamos comprender nuestras existencias, se unen por el hecho de encarar la vida desde el intento desesperado por encontrar el amor como lo único valioso posible.

El amor de un hombre, el amor entre hombres y el amor hacia el hombre no se restringe a la mirada de este sexo, sino que intenta desvirtuar los tantos mitos con que se nos ha privado de la libertad a los portadores del falo.

En estos relatos cortos mezclo la realidad con la fantasía, la crítica con el conformismo, y el dolor con las alegrías. Algunos de ellos son solo imágenes que llegaron a mi mente en momentos de tensión, mas otros están estrechamente ligados a proyectos literarios de mayor envergadura como lo son mis novelas.

Si les entusiasma mi forma de narrar y lo que tengo que contarles los invito a visitar mi web y mi obra en internet. Me alegraré mucho de leer sus opiniones y comentarios.

El autor

Adán y el amor

Hace poco había surgido la vida en la Tierra. Plantas y animales se esparcían por doquier poblando cada rincón. Y en esta casi súbita llegada al mundo, cada quien buscaba su pareja. Claro, no hubo pocas equivocaciones, por lo que en aquellos tiempos se podía ver como resultado de dispares uniones, a exóticos ejemplares que hoy tomaríamos como míticos. En el caso del hombre el asunto se complicó un poco más.

Adán, nuestro primer ancestro, mucho tuvo que andar por las tierras africanas; tanto así, que decidió salir del continente en busca de un semejante. Por entonces la tristeza embargaba su corazón. Un sentimiento de envidia le nacía al ver los frutos de la unión entre otras criaturas. Sin embargo, al mismo tiempo se sentía orgulloso, pues sabía que en todo aquello debía haber algo más, un sentimiento sublime que solo a él le correspondía, y una vez que lo encontrara sería más dichoso que los demás. Con el tiempo llegó a denominar a esta cosa casi mística como “amor”.

Y efectivamente, pudo un día sentir en su alma y su corazón todas aquellas sensaciones que hasta entonces idealizara. Fue en el instante en que se encontró con dos ojos que resultaron conocidos, aunque nunca antes los viera. Ambas criaturas se acercaron lentamente, comprobando que eran el semejante que buscaban. Los dos cuerpos, aún desnudos, hicieron por primera vez el amor.

Luego vinieron las palabras, las caricias más gentiles y las preguntas más ansiadas. Adán había conocido a Samuel, un hombre como él. Ambos estaban profundamente enamorados el uno del otro. Desde entonces no se les vio separados ni un instante. Juntos hicieron grandes cosas, hazañas que resultaron el asombro de las demás especies. Ellos afirmaban que la inteligencia que portaban era fruto del amor que entre ellos existía. No se trataba solo de aparearse, sino de experimentar algo superior.

Claro, la mayor prueba a la que se vio sometido ese amor fue cuando, luego de intentarlo reiteradas veces, comprobaron que no podían tener hijos, en tanto al menos uno de ellos no contaba con las formas, en las entrepiernas, que lo hacían posible en las demás especies. Todas las criaturas se burlaron de ellos.

Pero Adán y Samuel supieron afrontar el reto. Se profesaron más amor que antes, y esto produjo como resultado mayores dotes de inteligencia y destreza. Aquella pareja resultó invencible, y poco a poco se fueron convirtiendo en reyes del mundo.

¡Ah!, mas la envidia cegó a muchos, y estos, en conspiración, capturaron a Samuel un día y lo asesinaron. El dolor que esto provocó en Adán, fue lo que tales criaturas más disfrutaron.

Desde entonces Adán deambuló por el mundo olvidando la inteligencia que junto a Samuel había cultivado. Su amor herido le hizo caer en un profundo sueño del que solo se despertó con la voz de Dios. Hasta ese momento no había tenido el placer de conocer al gran Padre, ni siquiera sabía de su existencia. Este le dijo que había decidido interceder por él, pues era el amor lo que justamente quería para el mundo que había creado. Por eso, mientras dormía, le arrancó una costilla y creó de ella a una mujer; una criatura semejante con la que podría tener prole y esparcir por el mundo aquel sublime sentimiento que había encontrado.

Luego de tanto dolor y pesadillas en ese sueño de tormentosa creación, cuando Adán vio a Eva supo que la podría amar mucho. Y así fue hasta el final de sus días. Mas, cada noche, al volver a dormir, Adán veía en sueños a su amado Samuel; y cada mañana, al despertar, sabía que nunca tendría un amor como aquel.

Primavera de 2015

El Sol, el padre y el hijo

Llegó a caballo de muy lejos. En su rostro se contemplaba el cansancio, pero en sus ojos aún perduraba el brillo del viejo deseo. Ya era de noche, y solo la Luna le dio la bienvenida de regreso al hogar de la infancia. Nadie custodiaba las puertas y las torres de las murallas estaban oscuras y vacías. El castillo lucía lúgubre y una fría ventisca recorría sus pasillos y corredores.

El joven jinete se quitó el casco, dejando expuesto el rostro de suaves líneas. Su melena calló sobre sus hombros, tal y como antes solía hacer. Caminó lentamente, recorriendo las que una vez fueran lujosas estancias; ahora yacían cubiertas por las cenizas y el abandono. Cada pared le evocaba una imagen, un recuerdo; algunos le hicieron sonreír, pero la mayoría le provocó una angustia tan fuerte que hizo brotar lágrimas de aquellos orgullosos ojos.

De niño el joven jinete alegraba a todos con su bella sonrisa y sus dulces palabras. En aquel entonces sus padres gobernaban juntos un próspero reino, donde la paz se había vuelto duradera. Pero aquel niño era diferente del resto, quienes lo rodeaban lo sabía muy bien. Y no porque fuera príncipe, bello o rico, sino porque su mente le impulsaba a hacer preguntas que pocos podían contestar, y su corazón lo incitaba a realizar acciones que no fueron bien acogidas por los adultos.

El pequeño delfín también se percató de todo ello, pero decidió continuar siendo tal y como era. Una valentía recorría sus venas con un brío que, a temprana edad, le enseñó a defenderse y hacer valer sus criterios. Para fortuna suya contaba con una madre que lo protegía a todo momento, tal vez, incluso, demasiado. No tanto así su padre, que si bien le profesaba su amor, aunque de extrañas maneras, siempre inquiría sobre él y le mostraba cuánto difería del proceder del heredero.

Y los años fueron pasando. El reino dejó de ser próspero y las guerras se volvieron frecuentes. Todos iban al combate, excepto el príncipe; su sobreprotectora madre se lo tenía prohibido, pese a que ya contaba con edad para ello y así lo deseaba. Este y otros problemas terminaron por deshacer el vínculo afectivo de la familia real. La madre se encerró en su torre el día en que el hijo huyó al campo de batalla, y el padre no perdía la oportunidad de hacerle ver cuán débil y torpe era para dichos menesteres.

Aun así el príncipe se empeñó en sus quehaceres y pronto fue señalado como uno de los más valientes. Iba el primero al combate y nunca dejaba abandonado a un herido. Mas, nunca dejó de ser quien era y ello le valió reiteradas peleas con los generales y su propio padre, quien lo trataba como si no fuera nada suyo.

La conflagración se hizo larga y ya nadie tenía la esperanza de poder triunfar. El reino estaba totalmente destruido. Quienes podían huir tomaban un barco y se hacían a la mar. Quienes se obstinaban morían luchando. Entre estos últimos se encontraba el príncipe, que ahora combatía en un regimiento alejado de la capital.

Entonces, un día, sin que nadie lo esperase, el enemigo decidió regresar a sus tierras y declaró la paz. Para ese momento pocas hierbas se encontraban vivas sobre los suelos, y un viento de hojas secas se paseaba por encima de los cuerpos sin vida que abundaban a lo largo de los caminos.

Fue en medio de estas circunstancias cuando el joven heraldo escuchó que el rey, su padre, yacía convaleciente en el castillo; y sin dudarlo galopó velozmente de vuelta al hogar.

Y he aquí, cuando el heredero se encontró nuevamente en el sitio donde comenzara su vida hacía ya casi dos décadas. Reunió fuerzas suficientes y se dirigió al aposento de su padre. Al entrar se encontró con el médico y este le dijo que todo estaría bien, que esa herida en su estómago pronto sanaría.

El hijo, pues, se sentó en el lecho y besó la frente del padre, que aún dormía. Luego se paró junto a la ventana y contempló el vasto reino que se extendía ante sus pies. Acarició con su diestra la manilla que el amor prohibido le regaló y sonrió pícaramente. El Sol se alzó por el horizonte y bendijo con su luz el rostro de aquel joven.

14 de diciembre de 2014

Cupido XXI

De súbito se acercó y sin perder tiempo le susurró con suaves palabras: “¿Por qué lo dejaste?”. El chico, con el rostro aún marcada por la tensión, se volvió, y frunciendo el cejo le reprochó “¿Quién eres tú? ¿De dónde saliste? ¿Por qué te metes en mi vida?”. El de ojos café sonrió con serenidad. “Él te ama, y tú lo sabes bien. ¿Por qué no le perdonas y le das otra oportunidad?”. “¿Cómo sabes esas cosas?”. “Todos los días los observo y me regocijo de que entre ustedes naciera tan hermoso romance. No permitas que algo así termine por un capricho. Admite el júbilo de estar junto a él”. Y diciendo estas últimas palabras montó rápidamente en el bus que acababa de llegar. El otro chico se quedó allí, turbado y confundido, intentando comprender el sentido de todo aquello.

Una vez que el ómnibus se alejó, el de sonrientes labios respiró aliviado. Un sentimiento de emoción recorría su cuerpo. Aquello había sido toda una hazaña para él. Se complacía de haber contribuido a que ese amor tantas veces contemplado pudiera restablecerse. Recordaba todas esas tardes en las que al volver a casa se topaba en la misma ruta con aquellos dos chicos. Los admiraba, los veneraba... Deseaba para sí una historia como esa, pero al no tenerla se contentaba con el hecho de que al menos otros lo tuvieran.

Pero justamente este pensamiento final nubló su vista y arrugó el rostro. Los tiernos labios se contrajeron y la zozobra se apoderó rápidamente de su alma. Dentro de sí se fragmentaba en dos y hasta tres, desatándose una guerra de criterios y posiciones al respecto. “Basta de hacer de juez y de benefactor, de estar al margen de la historia”. “Debes asumir lo que eres, esa es una resignación salvadora”. “Aprende de ellos y admíralos, ya llegará tu momento”...

No era la primera vez que estos tormentosos diálogos lo visitaban, pero era la primera ocasión en que se sentía verdaderamente agobiado. Sentía que ya no tenía aire y que le costaba poder respirar. Así, miró con desespero a toda aquella gente que lo rodeaba y salió del bus en cuanto este se detuvo. Corrió con muchas fuerzas, deteniéndose al fin en un parque de frondosos árboles. Allí se acostó en un banco y se quedó dormido.

Un mes después.

_ Mira, es ese el que yo te digo.

_ ¿Ese? ¡Vaya, quién lo diría! Con la pinta de alcornoque que tiene.

_ Pero dicen que todo el que se va con él no regresa más.

El malecón estaba lleno de gente, así como la plazoleta anexa a él. La noche era de fiesta, y como cada fin de semana se reunían allí quienes deseaban diversión y quienes la vendían. Era el supermercado más popular de todos.

A pesar de haber transcurrido cuatro semanas desde que comenzara a frecuentar ese lugar cada noche, el de los ojos café experimentaba siempre la misma sensación de angustia y compasión, acompañados por un miedo a aquel terreno inhóspito, tan distinto de él. “Hola”, dijo al acercarse a aquellos ojos negros que llevaban rato observándolo. “Hola”, le respondieron, “¿Puedo ayudarte en algo?”, y lució los músculos de los desnudos brazos. “Si me acompañas sí. Todos podemos salir beneficiados”, sonrió nuestro protagonista.

Ambos chicos se alejaron de la multitud y caminaron solos por oscuras calles. Conversaban y se reían, mucho más de lo que su nuevo compañero esperaba. Luego de largo andar se detuvieron en el mismo parque que hace un mes eligiera como sitio preferido.

_ ¿Por qué te dedicas a esto? – preguntó el de ojos color café.

_ Dinero.

_ ¿Has intentado buscar trabajo? Me has demostrado ser inteligente, sacrificado...

_ He tenido muy mala suerte en la vida. – contestó enojado – Las cosas no son tan fáciles.

_ ¿Y si ahora te dieran la oportunidad de salir de este mundo?

_ ¿A qué viene todo esto? No te enredes. Tú me pagas y yo te hago pasar la mejor noche de tu vida. – y le acarició la entrepierna.

_ Es en serio lo que te digo. – le apartó la mano.

_ Mira – y sonrió con picardía – En el fondo esto me gusta, de lo contrario no lo haría aunque me estuviera muriendo de hambre.

_ Exactamente qué es lo que te gusta, ¿acostarte cada noche con alguien distinto o servir de objeto sexual a los desconocidos?

_ Me gusta todo, en especial tenerte aquí. – lo atrapó fuertemente entre sus piernas y lo besó.

La oscuridad de aquel banco daba libertades que ni la más tierna cama ofrecía. Solo los árboles fueron cómplices de los gemidos, sutiles cantos del placer consumado.

_ Cuando era más joven soñaba mucho con encontrarme con mi príncipe azul. – confesó el de fornido cuerpo entre los brazos de nuestro amigo.

_ ¿Por qué dejaste de desearlo?

_ Nunca llegó y me convertí en alguien muy triste. Pasiones como estas me hacen olvidarlo.

_ Conozco a alguien que tal vez sea quien buscas. Se parece mucho a todas esas cosas que hace un rato me contabas.

_ ¡Bah! Ya es demasiado tarde.

_ También conozco a alguien que puede darte empleo. El salario es decoroso y podrás aprender artes manuales. ¿No es eso con lo que soñabas de pequeño?

El desconocido lo miró con seriedad, y luego sonrió al comprender que no se trataba de un juego. Lo abrazó fuertemente. Había decidido aceptar.

Pero aquella noche el de ojos color café volvió a dormir solo, como de costumbre. Al poner su cabeza en la almohada pensó en las cosas buenas que había hecho, de cuánto había ayudado a los demás. Sin embargo, el júbilo obtenido no era el esperado.

El amor en el siglo XXI no se parecía en nada al de aquellas novelas que tanto le gustaba leer, y su hobby de Cupido trasnochado se iba transformando en una condena de la que ya no podía escapar.

Al día siguiente, como de costumbre, regresó al malecón en su misión de rescate de almas perdidas. Solo saber que su tarea daba resultado le otorgaba las fuerzas necesarias para adentrarse en aquel mundo que le causaba tanta repulsión. Mas, nuestro amigo era buen actor, y una vez en la escena se transformaba en el mejor de los cazadores.

_ Ahí lo tienes de nuevo. Como todas las noches.

_ Ya veo que llevas la razón. – y el de rubias mechas lo contempló desde la distancia como lo hiciera el día anterior.

_ ¿Adónde vas?

Pero su amigo no contestó. La curiosidad le tomó de la mano y lo llevó a acercarse al misterioso galán de ojos color café.

“Hola”. “Hola”. “¿Busca compañía?”, y el chico rubio le guiñó el ojo con una coqueta sonrisa. “Todo depende de quién me la ofrezca”. “Pensé que a este lugar no venían personas muy exigentes”, y pasó su mano por el musculoso torso que la chaqueta entreabierta dejaba desnudo.

Nuestro amigo quiso responder. En estos casos siempre tendría a la mano una respuesta oportuna, capaz de hacerle caer en sus manos a potencial presa. Pero aquella mirada lo turbó y sintió caer por debilidad y cansancio a sus alas de Cupido.

“¿Y bien?”. “Creo que no. Esta noche no”, y salió corriendo de allí sin mirar atrás. Una vez que cruzara la calle que colindaba con la plazoleta se dejó caer sobre un quicio. No tenía una respuesta para lo que le sucedía, aunque en el fondo pudiera encontrar miles de argumentos.

“¿Qué te sucede?”. “¿Por qué me sigues?”. “Me gusta terminar lo que comienzo”. “Me temo que esta noche será tu excepción”. “¿Y cómo sabes lo que quiero?”. Nuestro amigo sonrió con sarcasmo y se puso de pie. “Vamos, no soy nuevo en este negocio”, y señaló a la muchedumbre del otro lado de la calle.

“¿Por qué te dedicas a esto? Me han dicho que vienes todas las noches”. Nuestro chico se desconcertó con aquella pregunta. “¿Cómo sabes a lo que me dedico?”. “¿Lo haces por placer o por dinero?”. Él siempre era el que hacía esa pregunta. ¿De dónde había salido ese fulano? ¿Qué quería?

“Ni lo uno ni lo otro”, respondió ante aquellos ojos que le transmitían cada vez más inquietud. “Vaya! ¿Y entonces por qué?”. El de portentoso pecho apoyó su brazo contra la pared, cerrándole la posibilidad de escapar de allí.

Nuestro amigo suspiró e trajo de vuelta a la fuerza sus desgastadas energías. “De acuerdo. Sígueme”. Ambos caminaron por oscuras calles hasta llegar al mismo parque de todas las noches. Su compañero se sentó muy pegado a él y no pidió siquiera permiso para poner su mano sobre su muslo.

“Me dedico a rescatar a gente como tú. Me dedico a facilitar el amor entre la gente”, le espetó sin preámbulo alguno. Nunca lo había dicho a nadie, y mucho menos de un modo tan directo. Escuchar sus propias palabras le hizo recorrer un escalofrío por toda su columna vertebral.

“Entonces, si te pido un novio de verdad, ¿me lo buscarías?”, por lo general cualquiera se hubiera reído de algo así, pero aquel chico de pelo artificialmente rubio no lo hizo. Al

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

